

Mitos y Realidades del “Giro Neoliberal” en América Latina

Particularidades del Chile Contemporáneo

Entrevista a CARLOS RUIZ ENCINA¹

Sociólogo de la Universidad de Chile. Magíster y Doctor (c) en Estudios Latinoamericanos. Sub-Director del Centro de Investigación de la Estructura Social (CIES). Actualmente se desempeña como académico en la Facultad de Ciencias Sociales y el Programa Académico de Bachillerato de la Universidad de Chile, con cátedras como “Historia Social de América Latina”, “Estructura y acción social en América Latina hoy”, “Dilemas del Chile Actual”, etc. Ha participado en publicaciones como “Gobiernos de Izquierda en América Latina, un balance político”, “Chile en América Latina, Integración o Desintegración Regional en el Siglo XXI: Homenaje a Enzo Faletto”, Revista de Sociología, Revista Análisis del año, entre otras.

N: Propongo comenzar por Chile, pensando en cuánto hay en la actualidad de ruptura y cuánto de continuidad respecto de estos 200 años de historia, pensándolo como un proceso de larga duración...

En una escala de larga duración se pueden apreciar ambas dimensiones de la construcción del presente. Preguntas como esta son propias de una observación a esa escala que, por cierto, hoy no suele primar en la reflexión intelectual. Al contrario, se impone cada vez más el recuento episódico, reducido a los microprocesos, con afán cada vez menos comprensivo y más descriptivo.

Luego del ocaso definitivo de la hacienda, hay un proceso que sigue y por el que puede partir una revisión algo coloquial de tamaño asunto. La dictadura chilena resultó, por mucho, la más refundacional en América Latina, en términos de lo que se denominó “estilo de desarrollo”. No se compara con ninguna otra experiencia vivida en la región durante la etapa autoritaria reciente, tanto bajo gobiernos militares como civiles. En Chile, la efectividad de la transformación impulsada consigue basarse en una refundación exitosa de las alianzas sociales dominantes. La implementación del llamado “modelo neoliberal”, parece desfasada en nuestro caso, muy temprana en relación al resto de América Latina, donde transcurre recién durante los años noventa.

Por cierto, hablemos con cautela de “transformaciones neoliberales”, puesto que existen ideologismos muy difundidos, tanto de derecha como de izquierda, que hacen de esto una idea muy ambigua en términos histórico-concretos.

Si se repasa la experiencia latinoamericana durante su historia inmediata resulta que, tanto los intentos frustrados como aquellos logrados respecto de tales mutaciones neoliberales, se producen fundamentalmente durante los años noventa, es decir, en condiciones de apertura política. Las transiciones a la democracia transcurren en la mayoría de América Latina a mediados de los años ochenta, a manos de fuerzas políticas reactivadas, pero también, a diferencia del caso chileno, en un cuadro de fuerzas armadas muy debilitadas políticamente, y unos movimientos sociales que detentan gran capacidad de resistencia ante estas transformaciones y, por lo mismo, acarrear complejas situaciones de

¹ Esta entrevista fue realizada en Agosto de 2010. Su contenido fue preparado y editado para Revista Némesis por Benjamín Sáez. Agradecemos al profesor Carlos Ruiz su disposición a participar del presente número.

la llamada "ingobernabilidad". Luego, los gobiernos que impulsan dichas transformaciones son los de Menem en Argentina, de Fujimori en Perú, de Cardoso en Brasil (claramente, los militares brasileños no llevaron a cabo una reforma como la que impulsan los militares chilenos). Producto de una inadecuada generalización de la experiencia chilena en este sentido, se tiende a hacer una errónea relación entre "neoliberalismo" y dictadura, al abarcar la realidad latinoamericana.

Esto interroga, más bien, por las razones de tal excepcionalidad local en este sentido. Lo que remite a una parte de la historia que el pensamiento crítico, más ocupado en los cursos de represión y desarticulación, suele pasar por alto. Pero la explicación del terror es insuficiente en este plano. En cambio, el pensamiento conservador ha escarbado mucho más en el asunto, por lo que tiende a proporcionar el único relato, ahondando el desarme político, "intelectual y moral" diría Gramsci, de los sectores subalternos. En la U. Finis Terrae, por ejemplo, se ha trabajado hartito al respecto, especialmente el período comprendido entre 1973 y 1975, de decisiva confrontación entre los llamados neo-desarrollistas, de un lado, entonces vinculados principalmente al ministro Fernando Léniz, y los Chicago Boys del otro, representantes de lo que vendría a llamarse giro neoliberal. Una confrontación muy fuerte, vinculada a disputas por el control de la Junta Militar, y con eso de las propias fuerzas armadas. Contemplar aquello como algo homogéneo es un error que contribuye a invisibilizar los orígenes del proceso de refundación, y con eso la pugna entre las diferentes orientaciones que buscan primar. Pinochet recela -"como huaso maulino" decía Vial- de la anterior impronta de la Democracia Cristiana y, en general, de los partidos, incluida la propia derecha histórica; por eso se abre a pactar con una camada de noveles cuadros económicos y políticos como los que proporcionan el gremialismo y los Chicago Boys, quienes terminan por fusionarse pese a sus disímiles canteras. Algo que, todavía hoy evoca Longueira cuando alega: "yo no miré toda esta película desde Chicago". De ahí una refundación política muy gravitante en la derecha chilena, central en la historia venidera, que resulta incomprensible sin considerar la lucha librada por el pinochetismo dentro de las fuerzas armadas.

El proceso de reordenamiento de las alianzas sociales dominantes no se resuelve en Chile del mismo modo que en el resto de América Latina. En gran parte de la región, los militares se preocupan por la continuidad de ciertos rasgos del viejo modelo de crecimiento, ahora despojado de gran parte de las presiones sociales que llevaron al ocaso del régimen nacional-popular y el Estado de Compromiso, en términos políticos. Por el contrario, sin grandes refundaciones, opera lo que Touraine llama una "transformación antipopular", destinada a desactivar los actores sociales y políticos principales de la etapa anterior. Lo que redundará en una "economía sin sociedad", a su juicio. En cambio, desde este punto de vista, el caso chileno representa un golpe militar que va mucho más allá de la Unidad Popular (como suelen alegar los enfoques que reducen nuestro acontecer a los dilemas de la Guerra Fría). Así, cuando la Democracia Cristiana llama a la puerta de La Moneda, se encuentra con negativas que escalan a deportaciones y represiones. Solo entonces la situación adquiere un tinte político más definido. Sin duda, la ruptura que instala el nuevo bloque en el poder resulta mucho más refundacional, una coyuntura mucho más constituyente en términos históricos, de un alcance muy difícil de estimar en ese momento: muy lejos de un mero acto de restitución de grupos desplazados del poder.

En el resto de América Latina también se producen cambios. Pero, en su mayoría, estos resultan mediados por una considerable adaptación de sectores de las alianzas desarrollistas con grandes capitales internacionales. Una situación que Cardoso y Faletto distinguen en su Post-scriptum a Dependencia y Desarrollo en América Latina, como una nueva modalidad de dependencia "asociada". Algo

similar a lo que indica O'Donnell en su variante de constitución de un Estado burocrático-autoritario. Sin embargo, mucha vulgata ideológica, de derecha e izquierda, identifica esto erróneamente como neoliberalismo sin más. En lugar de ello, las reformas asociadas a las orientaciones emanadas del llamado Consenso de Washington, son posteriores. No solo se intentan más tarde, si no que resultan condicionadas por los cambios anteriores y, finalmente, ante las turbulencias sociales y políticas que desatan por doquier, no alcanzan el grado de realización que muestra el panorama chileno.

De este modo, Chile presenta hoy un singular panorama que la CEPAL denomina "neoliberalismo avanzado". Treinta y cinco años de navegación bajo tal bandera, permiten apreciar fenómenos no solo económicos (a los que se reduce habitualmente el registro), sino también sociales y culturales, que tardan mucho más en madurar. En este sentido, constituye una suerte de laboratorio, donde la disociación entre transformación estructural y transición a la democracia resulta marcadamente singular dentro del contexto regional. El hecho que, en Chile, tales cambios no constituyen un requerimiento a considerar en el proceso de apertura política, permite reducir con efectividad esta última -como apunta Lechner- a aspectos de tipo procedimental, reduciendo cada vez más la nueva política a un problema de gestión. En ello influye la forma en que la intelectualidad aprecia crecientemente la política. De ser considerada antaño como un proceso social, bajo la politología conservadora se reduce al análisis de juegos de intereses que hacen abstracción de toda condición social involucrada. La política aparece como una suerte de póker por el póker, en medio de una "paz social" que ahorra otras consideraciones, y que distingue el panorama local de los vecinos, donde durante la década de los noventa prácticamente la mitad de los gobiernos civiles caen sin alcanzar a concluir sus periodos formales.

En la sociogénesis de este panorama distintivo está, entonces, un proceso de efectiva construcción de la unidad política de una nueva alianza dominante, difícil de apreciar por otros lares. Por el contrario, en la región disputas a nivel de estos sectores, explican en no poca medida los intersticios por los cuales se amplifica el efecto de la resistencia de los grupos subalternos, como en Argentina por ejemplo.

N: En ese sentido, ¿cómo encaja la excepcionalidad chilena en el mapa de América Latina?

Existen casos de transformación neoliberal que, sin alcanzar la duración ni la hondura de la experiencia chilena, la siguen en cierto modo. Sobre todo experiencias actuales, como la peruana o la colombiana; o bien, a pesar de las resistencias opuestas, es el caso de la mexicana. El tipo de reformas que se imponen siguen en alguna medida esa pauta. Claro, en Perú recién el manejo privado de fondos previsionales alcanza un 30% del universo posible, quedando harto tramo por recorrer, en un curso que en Chile está copado y apenas se expande a punta de introducir "nuevos productos" del rubro. Pero el manejo privado de fondos previsionales no constituye una cuestión extendida en la región.

En cambio en otras situaciones, no es tan claro que la dirección de marcha sea ésta. Inclusive, las cosas parecen más bien tomar un rumbo distinto.

En Argentina, con Menem hay también cierto giro hacia una condición primario exportadora, que privilegia -por ejemplo- a los productores de soya. Pero eso, unido a reformas laborales que acarrearán la pérdida de viejos beneficios, desata duros conflictos dentro del peronismo. El llamado "giro neoliberal" en Argentina acarrea enormes tensiones sociales y políticas, las cuales desembocan en una

recuperación de ciertos visos de capitalismo de tipo nacional bajo los Kirchner. Esto, que algunos han llamado "neopopulismo" (el populismo fue mucho más que esto en América Latina), resulta difícil llegar y meterlo en algún modo de "neoliberalismo". Algo similar, aunque con otras particularidades, ocurre en Venezuela bajo Chávez (más allá de la discusión de un socialismo del siglo XXI, que demandaría una teoría al respecto, porque en base a lo entendido históricamente, resulta difícil asociarla a una experiencia típicamente socialista). Creo que hay muchos más componentes de lo nacional-popular subsistiendo en el panorama latinoamericano actual, que lo que quieren aceptar snobismos e imitativas conceptualizaciones en boga, independientemente de las posibilidades de progresar que tengan tales empeños en la actualidad. En la Argentina de los Kirchner ha habido una verdadera reconstrucción de la capacidad clientelar del Estado para enfrentar a los exportadores de soya.

Pero, a la vez, el panorama brasileño expresa una situación diferente a las dos anteriores, lo que hace más inadecuadas generalizaciones del tipo de un neoliberalismo indiferenciado. Allí los grupos internos han mostrado una capacidad distintiva para pactar con la presión externa ("globalización") generando algo que Marco Aurelio García ha llamado liberal-desarrollismo, por la mezcla de elementos en este sentido. (De nuevo el Brasil que arma la cuadratura del círculo para los enfoques propios de la imitación escolástica; ya antes, fenómenos como el "capitalismo esclavócrata" o la "burguesía estatal" tensionaron también nociones antitéticas). La implementación de distintas oleadas de reformas, el Plan Cruzado destinado principalmente a contener los efectos de la crisis (eminentemente antiinflacionario, a mediados de los años ochenta), se diferencia del Plan Real de Cardoso (entonces a cargo de Hacienda) de mediados de los años noventa, que expresa ya una voluntad de transformación. Es así como, luego de intentos frustrados, se impone una variante muy poco típica -por decir lo menos- de neoliberalismo, en gran medida resultado de pactos y mediciones de fuerzas entre los principales actores sociales del país; que, en este sentido, dista mucho de las imposiciones unilaterales que muestran experiencias como la chilena o la colombiana.

Esto nos vuelve a un punto que hoy se prefiere ignorar (la ignorancia no es una caja vacía, sino una caja mal llenada, alegaba Piaget). Desde hace un tiempo se habla de la globalización como una variable absoluta, y por ahí se cae en un análisis deshistorizado, pero muy de moda. Se convierte casi en deporte intelectual, donde las abstracciones juegan libremente, dibujando a su antojo. Pero, si es la globalización una condición omnipotente, entonces ¿cómo es que da lugar a situaciones distintas en América Latina? Ello tiene que ver con la forma en que se constituyen las alianzas locales, los grupos de poder internos que filtran y contraponen más o menos fuerzas a esa influencia común externa. En el caso brasileño hay poderosos factores internos que moldean en decisivos aspectos esa presión a menudo tenida por "inalterable". Un molde vinculado a importantes espacios para un capitalismo nacional. Cardoso destacaba el año pasado que el 50% de la banca en Brasil es estatal, el otro 30% es de control nacional y sólo el 20% restante de la banca es extranjera. Por otro lado, Brasil mantiene un sistema estatal de salud de corte universalista que atiende actualmente a alrededor del 80% de la población. Pero, "a pesar" de panoramas como estos, nadie podría alegar -so pena de ideologismo extremo- que la economía brasileña no ha sabido adaptarse a los "nuevos tiempos". Claro, panoramas como estos resultan completamente anómalos vistos desde Chile, sobre todo en función de las versiones naturalizadas de fenómenos como la globalización y el neoliberalismo. Al contrario, esto que, visto desde Chile parece al Frente Popular de Aguirre Cerda, se articula en tiempos de Cardoso, pero continúa en los de Lula, porque expresa equilibrios sociales más profundos. ¿Podría entenderse en Chile una fórmula presidencial como la primera de Lula, donde el líder de los trabajadores es secundado por el líder de los empresarios

industriales? Son equilibrios y arreglos sociales expresivos de una sociedad civil bastante articulada, con actores sociales protagónicos que inciden desde antes de los sucesivos gobiernos de Cardoso, y que marcan cierta continuidad en los gobiernos de Lula.

Cardoso apuntaba, además, que el Estado brasileño ha evitado sucumbir a una política de “gasto social focalizado”, tan naturalizada por estos lares. En sus palabras, ha optado por una política de “derechos sociales universales”. ¿Alguien podría acusar a Cardoso de socialista? Es que algo así, en el panorama local, no se atreven siquiera a esbozarlo ni las figuras más “autoflagelantes” de la Concertación. Pero una concepción de derechos sociales universales implica que el Estado ha de responder ante esos derechos que tiene todo ser humano por el simple hecho de ser ciudadano de ese espacio político nacional. Así, si la educación es un derecho, una persona por el solo hecho de nacer en esa nación tiene derecho a la educación, y no en virtud de resultar “focalizado” a partir de tal o más cuál “condición de riesgo”, “vulnerabilidad” o el epíteto que siga para continuar hablando de lo mismo, que es como se opera -y enseña en nuestras ciencias sociales- en Chile. Luego, tenemos realidades muy distintas, como para meterlas a la fuerza en un mismo saco “analítico”.

Experiencias como la de Ecuador, Uruguay, incluso Bolivia, más allá de ideologismos a los que suele sucumbir la consideración unilateral del “orden del discurso” por toda realidad posible, no parecen seguir tanto un “modelo de Chávez” (como graznan con ribetes de escándalo Oppenheimer en El Mercurio o el hijo de Vargas Llosa en La Tercera). No. Más bien miran hacia Brasil, aún cuando sus condiciones sean distintas. Pese a que en estos casos, en especial en Uruguay, el grado de organización de la sociedad civil es mucho mayor que el registrable en Chile en las últimas décadas, donde la llamada “governabilidad democrática” consistió en mantener la desarticulación social heredada del período autoritario. En Chile, hoy esos mismos gobernantes de veinte años se desconciertan por el hecho que no asome una reacción social articulada ante la nueva derecha en el gobierno, empero, valga nuevamente citar a Longueira: luego veinte años recién descubren que estuvieron gobernando con ideas de derecha.

En ese sentido opera la excepcionalidad chilena, que ejerce sin contrapeso una política de gasto social focalizado, sustentada -cosa que se busca olvidar- en una doctrina que nace a mediados de los años setenta en búsqueda de un pinochetismo popular, en la Odeplan del padre del actual ministro de Mideplan. Aquél empeño de ir en contra de los viejos beneficios de la clase obrera y las capas medias burocráticas, que absorbían gran parte del gasto social (por eso Aníbal Pinto hablaba de un gasto social con “cintura de gallina”), levanta el discurso de los “verdaderos pobres” en contra de las clientelas de lo nacional-popular. De ahí una importante identidad a la UDI tras un proyecto de nuevo clientelismo popular. Tal doctrina no se toca con la transición a la democracia; al contrario, se naturaliza bajo el ideario del Estado subsidiario. No se toca la concepción de Estado, naturalizando la proyección del heredado. De ahí lo patético de las recriminaciones tras el discurso de Piñera el 21 de mayo pasado, acerca de quién le robó a quién las ideas de políticas públicas. Felipe Kast podría cerrar de cuajo el asunto: “son de mi papá”. En suma, llegó el original, se fue la copia.

He ahí una diferencia significativa con una línea que va de Cardoso a Lula, que la profundiza. Esto no niega que hayan aplicado otros enfoques de tipo neoliberal, pero en un concierto de equilibrios inevitables a partir de las relaciones sociales de fuerza. Esto explica el crecimiento de la burocracia estatal ligada a los servicios públicos en Brasil durante las últimas décadas. En el caso chileno decrece

sistemáticamente desde 1990, mientras aumenta aquella burocracia vinculada a las funciones coactivas (poder judicial, policías, etc.)

Chile entonces navega en otra línea, que no se desprende mecánicamente de la "globalización", y lo hace a ultranza. Una que parece seguir Perú y Colombia. México otro tanto, bajo seguidos gobiernos de derecha, pero a un ritmo constantemente acosado por el contrapeso de enormes actores que sobreviven de la etapa anterior. Es el caso del gigantesco gremio del profesorado, el más grande de la región, trezado en duros conatos que acarrear matanzas como la de Oaxaca hace unos años. O la sobrevivencia -no sin movilización- de la UNAM, emblemática universidad de la égida priista; el modelo de universidad nacional de la etapa desarrollista no se explica en una situación de neoliberalismo maduro (como en Chile, con las universidades "públicas" más caras y de menor financiamiento estatal del continente). Esa capacidad de resistencia, relativiza el avance del paradigma neoliberal en el caso mexicano.

De modo que hay, al menos, tres tipos de situaciones significativas en la historia inmediata latinoamericana: el neoliberalismo a ultranza que puntea Chile, siguen más atrás Perú y Colombia, y con más resistencia México; una suerte de neoliberalismo "revertido", asociado a los llamados "neopopulismos" de Venezuela y Argentina; o bien, el "liberalismo-desarrollista" brasileño, que observan con ansiedad desde Uruguay, Ecuador y hasta Bolivia (más allá del discurso). En fin, ante una misma presión externa emergen situaciones muy distintas, con mayor o menor gravitación de la industria interna, grados de apertura y desnacionalización de la economía, niveles de financierización, lo que se asocia a cambios más o menos abruptos en el modelo de desarrollo y en la estructura social, así como a los rasgos que adopta el sistema político y las formas de representación.

En Chile se constituye una esfera de lo político mucho más elitizada, cerrada, autonomizada de cualquier control en la sociedad que no provenga de los llamados poderes fácticos (grupos empresariales, medios de comunicación masiva, iglesia), a partir de la expulsión efectiva de muchos actores sociales de la política y los procesos de construcción del Estado. Su desmantelamiento, sin reemplazo por otros "de nuevo tipo", como se dijo en algún momento, es lo que marca un panorama muy distinto frente a gran parte de la región, y no una pretendida aproximación excepcional a una situación de desarrollo, comúnmente apuntada como un "escape del pelotón" regional. De ahí el alejamiento exhibido respecto del coro que entona la asonada social vivida durante los años noventa y buena parte de esta década en casi toda América Latina.

N: *Me parece interesante este mapa de América Latina. Sobre la cuestión de la globalización y las correlaciones internas de fuerza, me parece importante porque de una u otra manera reedita o revive una perspectiva que se cortó de cuajo... ¿cuál sería la actualidad de la discusión sobre la dependencia, en un contexto donde la "globalización" parece ser la norma?*

La globalización es menos novedosa de lo que hacen pensar. Wallerstein y otros más han reconstruido ese largo proceso poniendo la atención en ello. Hay un curso continuo de internacionalización, pero ocurre que surge un ideologismo detrás de los cursos de expansión más recientes que intenta naturalizar las modalidades que adopta, invisibilizando los procesos sociales que anidan en su construcción, aquellos que determinan -en definitiva- que se impongan tales modalidades y no otras. No se puede desconocer las novedades que los ciclos de internacionalización más reciente acarrear,

por supuesto que no es “más de lo mismo” como se sugiere también desde otro extremo; pero la globalización ha devenido ideología de naturalización del orden presente. Por otra parte, en el caso latinoamericano, estas “orillas misteriosas de occidente” que apunta Octavio Paz, experimentan ese proceso de internacionalización creciente bajo modalidades que resultan configuradas, en una medida imposible de ignorar, a partir de las condiciones internas de recepción de esas influencias. De ahí la apuntada precariedad actual de un pensamiento latinoamericano, dominado por la reiteración escolástica de generalizaciones abstractas, a punta de las cuales ignoran lo anterior y construyen un espejo en el que no somos lo que somos.

Es un giro intelectual que aparta una comprensión de la política y la economía como procesos sociales. Los franceses han dicho que se “desociologiza” la política. Con la economía otro tanto, a manos de un saber tecnocrático. Así, la política se representa cada vez más como un juego de variantes que no responde a un curso de construcción social, sino a juego de optimización “racional” de posibilidades. Partiendo de un alejamiento de los planteamientos marxistas, esta intelectualidad acaba abandonando toda perspectiva de comprensión social. Junto con desechar la explicación basada en la pugna entre burguesía y proletariado, termina sepultando toda interpretación relativa a las clases, grupos sociales y la constitución de actores; en definitiva renuncia a una comprensión del carácter social de los procesos, orientaciones e instituciones. Predomina, entonces, en forma incontrarrestada un credo de tipo tecnocrático, fuertemente ideologizado, lo que presiona a un vaciamiento de la sociología.

Es algo que va más allá del pensamiento dependientista al que apunta la pregunta. Pero indica un marco ideológicamente muy conservador, donde la cuestión de la dependencia no cabe. Un credo tecnocrático se impone en forma más excluyente allí donde los procesos sociales conducen, precisamente, con más fuerza hacia una dominación tecnocrática. En Chile esto es especialmente claro. El ímpetu conservador que impera en el pensamiento social, se expresa también en las orientaciones de los estudios superiores. A lo que no es ajena una creciente desintelectualización de éstos, bajo un avance excluyente y reductivo a saberes instrumentales. La orientación profesionalizante crece en forma excluyente en la enseñanza de las ciencias sociales.

La desatención que sufre la otrora gravitante perspectiva de la dependencia, no ya como fenómeno al que se debía reducir toda comprensión de la realidad social, sino siquiera como un componente más de esa realidad, es parte de un giro muy fuerte en la intelectualidad de América Latina, que se produce en un momento muy complejo de la historia inmediata: el momento de las transiciones a la democracia, cuando se discute qué tipo de política, de democracia, ha de primar. Producto de los cursos de desestructuración social vividos, esa intelectualidad pierde sus viejos referentes sociales y, con eso, las distintas perspectivas de transformación a ellos asociadas, incluida la aspiración a un desarrollo autónomo. La idea de un sujeto de la transformación se pasa a ubicar en muy diversos focos, a partir de otros diversos discursos y banderas, pero que sin excepción terminan por diluirse. Entonces sólo queda la peregrina idea de una intelectualidad como entelequia situada más allá de los procesos sociales, y por eso con capacidad de algo así como un juicio universal, situado sobre los intereses sociales, ajena en definitiva a los vaivenes propios de los procesos de construcción social. Valga aclarar que esto no aboga por recuperar la vieja figura del “intelectual comprometido”, que en cierto momento llega a otro extremo.

Entonces la discusión de la dependencia es sepultada. Recuperar alguna orientación al res-

pecto, de cara a las nuevas condiciones, exigiría una elaboración y discusión harto larga. El propio punto de partida ya es tema. Faletto insistía que no había una teoría de la dependencia, como se suele dar por sentado, dada la disparidad de enfoques y conclusiones que cobijó. En este proceso es importante considerar los anclajes de los discursos teóricos, muy distintos, especialmente el peso de un estructuralismo althusseriano que va a ser determinante en las limitaciones del enfoque de la dependencia. Deviene influencia más gravitante; no la que inspira el trabajo de Cardoso y Faletto, como se ha dicho. Por un lado está un determinismo estructuralista de vertiente cepalina, un estructuralismo de tipo economista, con el que discute Medina Echavarría, relevando el peso de estructuras sociales como la hacienda en la cuestión del subdesarrollo, y no solo la relación centro-periferia. De otro lado, está la influencia del excitante discurso parisino de la segunda mitad de los años sesenta, sobre todo un Althusser cuyo estructuralismo acaba anulando a los sujetos. La mezcla de ambos estructuralismos arroja una versión criolla de limitante determinismo sobre el promisorio enfoque de la dependencia. Entre el economismo cepalino y el estructuralismo althusseriano, emerge un estructuralismo economicista que limita la historización de los sujetos y la comprensión de la especificidad de las condiciones locales para los proyectos de transformación. Una combinación muy limitante sobre una empresa prometedora.

Creo que nadie, medianamente libre de ideologismos, se atrevería a negar que el fenómeno de la dependencia sigue presente en la realidad latinoamericana. Las modalidades cambian históricamente, incluso en relación a las situaciones internas. De ahí que, nublar bajo la idea de una omnicompreensiva globalización a las disímiles situaciones internas presentes en la región, proyecta una imagen que es una falacia. No creo que la cosa sea recuperar hoy una especie de "dependentismo", pero hay que superar las nuevas formas de invisibilización de los actores, que ya no corren a manos de los viejos estructuralismos. Cabe preguntarse ¿por qué en aquél tiempo se ve mucho más a un Althusser que a un Gramsci? No se trata de adivinar qué hubiese sucedido, sino de apuntar que Gramsci releva, por el contrario, una percepción de los actores, de las modalidades de constitución y ejercicio del poder, de configuración de las alianzas dominantes, de luchas por establecer hegemonías y contra-hegemonías. Pero lo que primó fue una lectura muy distinta, mucho más rígida. De ahí la necesidad de recuperar una suerte de historización de la comprensión del presente, que tiene que ver con un diálogo entre sociología e historia difícilmente atribuible a gran parte de la llamada "teoría de la dependencia".

N: Otra cuestión a examinar son las transformaciones en la estructura social en Chile y su relación con el proceso político reciente.

En Chile, en la medida que la transformación es más temprana y abrupta, los cambios de la estructura social aparecen hoy con un grado mayor de madurez temporal, como sugiere esa idea de "neoliberalismo avanzado". Portes y Hoffman plantean que en América Latina ocurre una transformación durante los años noventa y la década siguiente, marcada sobre todo por la proliferación de la informalidad, que supera al 50% de la población; exceptúan a Chile, donde hay una reversión de los niveles de informalidad. Cuestionan la idea que con el crecimiento asociado a esta transformación "todos los barcos flotan", que a todos les llegaría algo. Contrario a eso, aprecian una suerte de jibarización similar a la que registran Martínez y Tironi en Chile en los años ochenta. En el caso latinoamericano, Portes y Hoffman postulan la emergencia de un proletariado informal; aunque parece difícil hablar de tal proletariado, al menos en nombre de Marx, para quien tal cosa remitía a un proyecto de sociedad cobijado en el modo de relaciones sociales que portan. Por lo demás, tal informalidad reúne una gran heterogeneidad. Pero más allá de esto, dicho estudio consigna una transformación que es posterior al caso chileno; tal aumen-

to de la informalidad se vincula a la pérdida de peso del empleo estatal dentro de la estructura social, lo que evidencia fenómenos que en Chile ocurren durante los años setenta y primeros ochenta, junto a la “privatización forzada” de las amplias capas medias, la “desobrerización”, etc., ligados a la expulsión de grandes contingentes del empleo estatal. Gran parte de ello se convierte al “emprendimiento forzado” como condición de refugio, creando unidades de subcontratación que operan para la gran empresa en una condición de escasa autonomía. De ahí que esta informalidad no indica una marginalidad, como la que se discute desde los años cincuenta en la región al calor de la migración rural y la explosión urbana rodeada de pobreza. En este caso, se trata de una informalidad vinculada en modalidades precarias, por lo que no está al margen. Aunque esté encadenada en formas muy precarias, no está fuera.

Chile muestra otra cosa en las últimas décadas. Los estudios que hemos realizado indican que gran parte de esa “privatización” de la clase media desarrollista que es expulsada del Estado, experimenta el apuntado “emprendimiento forzoso” como una condición de refugio temporal, vinculada al abrupto proceso de desestructuración. En cambio, desde fines de los años ochenta, y en forma sostenida hasta hoy, experimenta un proceso de asalarización en el sector privado que termina por tornarse el rasgo más marcado de las actuales capas medias, las que a su vez pasan a predominar en la estructura social en general. Es una burocratización de la condición asalariada, la formación de una burocracia moderna de servicios privada, muy vinculada a la enorme expansión de la educación superior registrada en los últimos años. Claro que es una expansión segmentada. La propia educación superior actual produce profesionales para mercados laborales segmentados, vinculándose en forma rígida y discriminante a la formación de la estratificación. De ahí que, pese a su expansión, estos sectores medios no aparezcan articulados. Pero, en cualquier caso, esta tercerización genera un empleo burocrático asalariado que hace del ocaso de la vieja clase media desarrollista, no un final a manos del vértigo propio del pequeño empresario, para el que hay muy poco espacio en una sociedad con tan alta concentración de la riqueza y las oportunidades, como la chilena, sino más bien a un proceso de asalarización a alero de esos grandes conglomerados. Esto estaría planteando situaciones muy distintas: preguntas asociadas a los planteamientos de Goldthorpe o Wright sobre las “nuevas clases medias” o la clase de servicio, a la recuperación de preocupaciones del Bell o Touraine a fines de los años sesenta en torno a la idea de una sociedad post-industrial, marcada precisamente por estos sectores.

Por otro lado, si se mira más abajo en la pirámide, tampoco se produce una recuperación de la vieja clase obrera, sino que emerge, hasta predominar, una clase obrera de servicios. En general, las personas ligadas a los servicios representan casi la mitad de la población económicamente activa. Pero visto desde la diferenciación de niveles educacionales, calificaciones y productividad, en torno a lo que Weller distingue cursos de tercerización genuina y espuria, en el caso chileno hay un proceso de tercerización genuina considerable, que no niega otros de tipo espurio. Es un crecimiento del sector terciario que ya no responde al desmantelamiento del empleo estatal, como se dijo en los años ochenta; a diferencia de gran parte de América Latina, en Chile esto ya no opera como factor explicativo. Aquí hay una incorporación de otra condición social al proceso de tercerización. En particular, la expansión de una burocracia moderna media privada de altas calificaciones, así como de la clase obrera de servicios, se producen a costa de los sectores inmediatamente subsiguientes en la pirámide social, indicando la mayor proporción de los cursos de movilidad de corto alcance apreciables durante el ciclo de crecimiento reciente, lo que se vincula además con cierta disminución de la marginalidad y la informalidad, que son por lo demás, como insiste Tokman, cosas distintas.

Este es uno de los fenómenos en que hoy es preciso indagar más, responsable de varias de las llamadas "zonas grises" de la sociedad chilena, dado el insuficiente conocimiento existente, así como su relativa novedad. Es posible, por ejemplo, que se asocie en forma predominante a fenómenos como la pérdida de peso de los viejos clivajes políticos, en la formación de la identidad de los individuos, esa menor presencia de las identidades políticas en los sistemas de socialización y, en definitiva, en el curso de desenvolvimiento de la vida cotidiana. ¿A qué tipo de cambios sociales están vinculadas estas mutaciones? Son cuestiones que están planteadas hoy ante la sociología, pero suelen "explicarse" por vías ajenas a esta última. No parece ocioso considerar, por ejemplo, las formas de enclasmiento que priman en los sectores aludidos, por ponerlo en términos de Bourdieu.

Claro que, mucho de esto tiene que ver con los cambios en el carácter social del Estado, lo que vincula en definitiva la experiencia chilena con el panorama regional. Recuperar un análisis social del Estado -desde la sociología- no reducido a un análisis de gestión en que objetivos y carácter se naturalizan, como ocurre en la politología conservadora que hoy prima. La influencia del Estado sobre los modos de crecimiento en América Latina sigue siendo determinante, pese a lo que rezan ideologismos de extremo opuesto a propósito del giro neoliberal. La falsa idea que a más neoliberalismo menos Estado, resulta tramposa en unos e ingenua en otros. El llamado neoliberalismo necesita de un tipo de Estado, un Estado distinto. Hay un cambio de funciones, vinculado a un cambio en su carácter social. Cambia con eso la orientación en la formación de las burocracias que, en lugar de naturalizarse, debería ser un campo a investigar por la sociología. Pero sucede que muchas de estas cuestiones se naturalizan producto que constituyen temas tabú en el tipo de transición a la democracia, cerrada y elitista. La política abierta desde entonces no concibe que se discutan, y la intelectualidad se acomoda a ello. Es el caso, antes anotado, de la política de gasto social focalizado, que permea la discusión posible sobre los resultados que arroja cada tanto la Casen sobre la pobreza y la desigualdad. Pero va mucho más allá: al abordar temas como la educación, la salud, incluso otros como los problemas de género, hay que hacerlo reductivamente bajo la aceptación indiscutida -sin aludirla- de la concepción de Estado subsidiario heredada de la dictadura. De ahí una discusión conservadora, librada en definitiva a variantes de administración de lo mismo. Vuelvo al ejemplo de la discusión sobre los registros de la última Casen: la cosa se reduce a si se focalizan adecuadamente los fondos asignados o se dispersan a manos de las burocracias. Un "debate" que naturaliza el marco estrecho en que se da. Pero la propia experiencia brasileña antes apuntada, tanto de Cardoso como Lula, subvierte esta lógica: ¿y si nos planteamos una política de derechos sociales universales?, ¿por qué el gasto social es tan restringido como componente general del gasto fiscal? El ministro Velasco culpaba hace unos años al movimiento de los estudiantes secundarios, a propósito de exigir una PSU y un pase escolar gratis, de restarles fondos a otros programas sociales, destinados -recuerdo un ejemplo invocado por él- a los ancianos. No está en discusión el volumen, siquiera la composición del esmirriado gasto social existente (¿cuánto se discute la creciente compra de armas en plena democracia?). Esta cuestión se desdibuja con efectividad bajo un aparente carácter técnico, y por tanto apolítico. A eso se ha jugado por décadas, acarreado así una restricción de la ciudadanía, de la esfera decisional abierta, lo que Bauman apunta como "desciudadanización". Claro, estas tecnocracias van a reinar más a sus anchas allí donde integran alianzas sociales dominantes más exitosas. No se pueden analizar como formas de poder independiente del contexto histórico-concreto en que actúan, como sucede con los enfoques escolásticos. De hecho, vinculadas a formas de dominio muy similares, muestran grados de efectividad muy dispares en América Latina.

N: Sobre la discusión del carácter del neoliberalismo a la chilena y esta suerte de desmitificación del concepto, visto desde la región. ¿Cuánto hay de liberalismo en el neoliberalismo?

Cuando se implementa en Chile aún no es neoliberalismo, luego se acuñan las cosas. Incluso se plantea que, más que Consenso de Washington, lo que hubo fue un “Consenso de Chile”. Ello alude a la idea de replicar un modelo, pero también en el caso chileno hay mucho de mito respecto a la idea de liberalismo económico. El nivel tan alto de concentración de las áreas más dinámicas de la economía chilena, hace que la ganancia en muchas de éstas se explique más por una lógica oligopólica que por una de competencia. El propio Adam Smith estaba en contra de este orden de cosas; lo consideraba, con razón, nocivo para la competencia capitalista y, para la primacía de la innovación y el bienestar general supuestamente asociado, a la emergencia de lo que después podríamos llamar un empresario schumpeteriano. No. Aquí se imponen más bien lógicas rentistas, fuertemente ligadas y dependientes de la política, de la apertura desde ésta última de nichos de acumulación regulados. Algo parecido a lo que, con Weber, podríamos entender como burguesías con rasgos estamentales. El año pasado hemos visto cómo la fijación de precios de los medicamentos no responde una lógica eminentemente de mercado. En este sentido, el capitalismo chileno no parece uno de oportunidades, y el correlato de eso se puede registrar en la formación de la estratificación social: arriba, prima la impermeabilidad de las élites, su reproducción endogámica, los mecanismos de cierre social (por ponerlo en términos que Parkin recupera de Weber).

De ahí que en Chile, por años, creciera la desigualdad al mismo tiempo que disminuía la pobreza. Toda la vida hemos sido desiguales, pero a diferencia de antaño, en el último período se explica principalmente por el nivel extraordinario que alcanza la concentración de la riqueza. De ahí un malestar mesocrático que ya recogía aquél informe del PNUD de 1998. El registro de los segmentos medios indicaba la percepción que “mis ingresos crecen, pero crecen menos que el país”, luego, se percibe una fiesta a la que no se está invitado. Un malestar distinto al de los sectores populares, que demanda más bien incorporación. De ahí el cuestionamiento sobre la medida en que la educación resuelve efectivamente las expectativas de ascenso social, y se abre la discusión sobre la meritocracia. Unos sectores medios que acumulan credenciales, se preguntan por el misterio del mérito de las élites.

Tal nivel de cierre elitario interroga qué tan liberal es el mítico neoliberalismo chileno. Claro, la idea del capitalismo salvaje sí corre para las PYMEs, donde la tasa de natalidad y mortalidad es enorme. Es el lugar donde el gran capital traslada gran parte de los riesgos propios de los ciclos económicos, externalizándolos. Desde sus rasgos rentistas y estamentales, en el fondo lo que externaliza es su temor al propio capitalismo. De ahí, por ejemplo, la medida en que en coyunturas de crisis, los costos sociales se trasladan en forma duramente regular hacia abajo. Observen cómo crecen las de ventas de autos de lujo en períodos de crisis; algo que no ocurre en economías tan abiertas a los vaivenes externos: arriba están blindados. Otro blindaje es el de la burocracia estatal. Pero la inmensa mayoría de los sectores medios, toda esa crecida burocracia moderna de servicios privada, y también esa clase obrera de servicios, son golpeadas por estos procesos, pues cargan los costos de esta externalización. La cantidad de rubros cuyas rentas se explican por condiciones de oligopolización más que de competencia, interrogan qué tan liberal, en términos económicos -qué decir en términos políticos y valóricos- es el neoliberalismo chileno. La cuestión estriba en advertir cómo actúa este fenómeno en distintos niveles de la estructura social. **N**

Santiago, 10 de Agosto de 2010